

El otro eternamente aborrecido.
No hay duda ya; la deja, la abandona
El desleal mancebo;
Con espinas corona
El tierno amor de tiempos más felices,
Que aún en ella conserva hondas raíces.

Desde el infausto día,
De su fiel corazón fué desterrada,
Como huésped molesto, la alegría.
¿Tendrá su pena coto?
¿Otra pasión la encontrará indefensa?.....
No sé; mas siempre que un amante voto
Le jura lealtad, la niña piensa
En el cántaro roto.

DEL SEÑOR

D. GASPAR NUNEZ DE ARCE.

VELUT UMBRA.

CREPÚSCULO.—PROBLEMA.—MISERERE.—¡AMOR!—EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.
Á VOLTAIRE.—LAS ARPAS MUDAS.

VELUT UMBRA.

¡Oh incesante desvarío
Del hombre! ¡Oh mentida gloria,
Tan fugaz y transitoria
Como las ondas de un río!

El tiempo impasible y frío
Va empujando tu memoria,
Que brilla un punto en la historia
Y se pierde en el vacío.

¡Cuánto César ya olvidado!
¡Cuánta vieja desventura,
Que ni aún recuerda la gente,
Habrá visto, habrá alumbrado
Ese sol, desde la altura
En que gira indiferente!

A medida que hacía el puerto
Va marchando del olvido,
Aparece cuanto ha sido
De espesas brumas cubierto.

Ese polvo, árido y yerto,
Ha pensado y ha sentido:
Es el despojo perdido
De la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre,
¿Quién el misterio adivina?
¿Quién á descifrarlo alcanza?

Tan oscuro es para el hombre
Lo pasado que declina,
Cual lo porvenir que avanza.

¿Dónde está la oculta fuente
Del hondo raudal humano?
¿A qué incógnito Oceano
Va á parar esa corriente?

Principio y fin, velozmente
Se buscan y dan la mano;
Y en el gérmen bulle el grano,
Y en el grano la simiente.

La flor, que arrebatada el viento,
Préstale al campo marchito
Nuevo jugo y nueva vida;

Mas ¿quién en el movimiento
Del génesis infinito
Recuerda la flor caída?

¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
Sobre las ciudades muertas
Álzanse nuevas ciudades.

En ignotas soledades,
En regiones hoy desiertas,
Yacen, de polvo cubiertas,
Las glorias de otras edades.

Cae en mortal cautiverio
Cuanto el alma inquieta y muda
Busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,
Nuestro destino en la duda,
Nuestro término en la sombra.

Mayo 23, 1873.

CREPÚSCULO.

El sol tocaba en su ocaso,
Y la luz tibia y dudosa
Del crepúsculo envolvía
La naturaleza toda.
Los dos estábamos solos,
Mudos de amor y zozobra,
Con las manos enlazadas,
Trémulas y abrasadoras,
Contemplando cómo el valle,
El mar y apacible costa
Lentamente iban perdiendo
Color, transparencia y forma.
A medida que la noche
Adelantaba medrosa,
Nuestra tristeza se hacía
Más invencible y más honda.
Hasta que al fin, no sé cómo,
Yo trastornado, tú loca,
Estalló en ardiente beso
Nuestra pasión silenciosa.
¡Ay! al volver suspirando
De aquel éxtasis de gloria,
¿Qué vimos? Sombra en el cielo,
Y en nuestra conciencia sombra.

PROBLEMA.

Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis á un lado,
Una duda exponer, y es la siguiente:
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
De espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
Alza orgulloso la atrevida frente?
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
El eterno dominio del pecado?
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
Sometida al dolor, con sangre traza
La historia de sus luchas gigantes?
Y si es ficción la gloria prometida,
Si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿Por qué, implacable Dios, por qué nos creas?